

ARTE Y FETICHE, SEXO Y MORAL

Rubén Figaredo. Escritor. Lcdo. en Historia del Arte

INTRODUCCION

Los historiadores del arte tenemos algo de psicoanalistas, cuando escrutamos en la vida del artista buscando los comburentes que propiciaron el fuego de la creación, y es que la vida, como una enfermedad a causa de la cual se acaba muriendo, escoge a sus bufones, a los que no se conforman con lo que hay y buscan lo nuevo. Otras formas de hacer, de sentir y de plasmar materialmente lo sentido antes de arrojarse de cabeza a las llamas del tiempo. No es extraño sino más bien común hallar en las biografías de los artistas desarreglos emocionales, patologías mentales que harían las delicias de cualquier alienista, y es entonces como podemos ver en el arte una de las terapias psicológicas más recurrentes. Y lo es también para los espectadores que tienen la capacidad para saborear las obras del genio humano. El arte, como un juego para adultos sin reglas definidas, es capaz de suspender el tiempo mientras lo gozamos, igual que los niños. Perdemos la noción temporal suspendidos en la belleza, en la novedad, en la realidad travestida. El arte también es capaz de congelar el deseo, ese que buscamos y que se nos escapa entre los dedos más raudo de lo que quisiéramos. El arte es más benigno y es capaz de liberar satisfacción en el espíritu del adepto morosamente, retardando el gozo y esperando siempre abierto de brazos a quien busca en él una porción de felicidad.

El arte, como el sexo, tiene su propio lenguaje. Los fetiches que acompañan al sexo son cómo los acentos ortográfico, la parte que sustituye al todo, la espoleta que desata la pasión.

Todo arte es innecesario, y como tal nos distancia de los animales. El amor, en su sentido más puro, es también incompatible con la necesidad. Tanto el arte como el amor nos separan de la perentoriedad biológica.

El amor podría equipararse con el deseo de expresarse del artista, previo a la obra. El erotismo es la encarnación sintáctica de la emoción amorosa, igual que la obra de arte es la materialización de un deseo concreto de expresión.

Tanto el artista como el amante encuentran obstáculos para iniciar la acción. El artista tiene el freno de la academia y el amante el de la moral. Ambos han de luchar contra las trabas de una sociedad que prima la producción antes que la expresión. La traducción de nuestros actos a realidades crematísticas lastra nuestra libertad. La moral y la academia intentan castrar nuestra creatividad.

El despertar al sexo está sometido a los mismos tabúes que la creación en las sociedades tradicionales, y a una frustrante banalización en las más progresistas. El asunto parece ser despojar a los individuos de todas aquellas funciones sagradas con las que están investidos, cosificarlos, reducirlos y canalizar sus energías hacia la producción. En pos del estar y del tener en detrimento del ser.

Un gran número de representaciones plásticas en la que el sexo se hace presente de una manera u otra consiguen en muchos casos ejercer una amenaza real para el espectador, puesto que identifica de forma subconsciente aquello que contempla con los aspectos más oscuros de su personalidad. Aquellos que siempre negaría, que no le gustaría poseer o que simplemente le frustra no poder satisfacer.

Pero el arte es un fenómeno de infinitas ramificaciones que ha experimentado una catarsis paralela a la apertura de costumbres sexuales que florece en los años sesenta.

Hoy se puede considerar uno de los principales temas de las artes plásticas. Pero esta aparente explosión liberadora no puede considerarse universal, y es entonces cuando el arte se erige en una avanzadilla que allana el camino hacia la libertad, o al menos a una cierta terapia liberadora para artistas y espectadores.

Cultivando el tema del sexo el artista se autoproclama como diferente del cuerpo social, pero a la vez implica a esa misma sociedad que no puede mantenerse neutra ante esas imágenes.